

Antonio Muñoz Molina

El dueño del secreto



Antonio Muñoz Molina

El dueño del secreto



I

En 1974, en Madrid, durante un par de semanas del mes de mayo, formé parte de una conspiración encaminada a derribar el régimen franquista. La dirigía un general muy célebre, del que se contaba que a los pocos días de la revolución portuguesa había empezado a recibir sobres anónimos que contenían como único mensaje un monóculo: nadie se acuerda ya, pero el general Antonio de Spinola, primer líder del levantamiento de abril, usaba uno, lo cual le daba un aspecto llamativo de conspirador antiguo, de viejo militar anacrónico que encabeza no la tecnología sangrienta de un golpe de estado al estilo chileno, sino un pacífico pronunciamiento liberal.

La conspiración española, paralela a la portuguesa, pero ajena a ella, había recibido un inesperado impulso con los acontecimientos jubilosos del 25 de abril, fecha que para las personas de mi generación es tan inolvidable como la del 11 de septiembre chileno, que había ocurrido unos meses antes, a finales del verano del 73: las matanzas y los hacinamientos

en el estadio nacional de Santiago nos recordaban que para los militares fascistas adiestrados y protegidos por el Departamento de Estado no existía el menor escrúpulo de tibieza o piedad; los acontecimientos de Lisboa nos enseñaban la lección contraria, porque en este caso también los militares eran los protagonistas, pero traían la democracia en vez de derribarla. De pronto, en Portugal, se veía que los más audaces sueños de libertad podían cumplirse, que una dictadura más antigua y más fósil todavía que la española podía borrarse del mundo en el transcurso de una noche, igual que se había derrumbado la monarquía de Alfonso XIII en otro abril de casi medio siglo antes, sin muertos, sin turbulencias ni desastres, en medio de una celebración orgullosa y unánime.

Aún me acuerdo del momento en que leí la noticia, una tarde nublada que en mi memoria más parece de marzo, junto a un quiosco de la Gran Vía donde acababa de comprar *Informaciones*. Podía pasarme semanas sin comer un plato caliente, o caminar kilómetros para ahorrarme las dos pesetas de un billete de metro, pero a lo que no renunciaba nunca era a comprarme un periódico de la mañana y otro de la tarde, no sin gran irritación de mi amigo, paisano y compañero de cuarto Ramón Tovar, también llamado Ramonazo o Tovarich, que consideraba ese gasto diario tan inexplicable como el capricho de pagarme una ducha en la pensión dos veces por semana, y no una cada quince días, que era su norma higiénica.

Aquella tarde del 26 de abril, a pesar del hambre que llevaba, el titular y la foto de primera página, en la que se veía un carro de combate rodeado de gente que les ofrecía claveles a los soldados (*nossas armas sao cravos*, leíamos luego en las pancartas: la revolución nos hacía aprender portugués) me dieron una felicidad cálida e instantánea, una anchura de respiración libre en el pecho, como si el golpe de estado no hubiera sido en Portugal, sino en la misma España. Subía atolondrado, me acuerdo, por la acera de la Telefónica, tan absorto en el periódico que choqué con alguien, tan entusiasmado con el relato de aquella noche última de la tiranía en Portugal, de los carros de combate acercándose a Lisboa con las luces apagadas, de las emisoras de radio en las que sonaba una canción rítmica y alegre de José Afonso, *Grândola, vila morena*, que al encontrarme de frente con la cara antipática y agraviada del que había chocado conmigo hubiera querido, en vez de pedir perdón, darle un abrazo y transmitirle la noticia con el mismo entusiasmo incrédulo con que sin duda se la transmitiría de boca en boca la gente aquella misma mañana en todas las calles de las ciudades portuguesas. Al fin y al cabo Portugal estaba tan cerca que su revolución casi nos afectaba también a nosotros, y aquel mismo fin de semana muchos rojos españoles corrieron a Lisboa a celebrar el primer uno de mayo de la libertad en un fervor de himnos y de banderas rojas. ¿Podían mantenerse Franco y su corte lúgubre eternamente al margen de los tiempos, era probable que durase

mucho más una dictadura fascista rodeada de países democráticos? Pero la pregunta de aquellos días era en el fondo más íntima, mucho más personal, casi al margen de las convicciones o de los razonamientos políticos: ¿Tendría uno tan mala suerte en la vida que se le gastaría entera soportando aquella tristeza, aquel agobio sordo, aquel aburrimiento inacabable del franquismo, aquel miedo sin rasgos ya de martirio ni de épica, tan indeleble como una enfermedad, como un reuma moral?

Yo no sé hacia dónde iba aquella tarde cuando compré el periódico, seguramente a algún sitio donde ofrecieran un trabajo de repartir propaganda, porque siempre andaba buscándome trabajos en los anuncios por palabras del *Ya*, y lo más que lograba, aparte de las casuales tareas mecanográficas que me encargaba Ataúlfo Ramiro, era una proposición para criar chinchillas o champiñones en casa o para repartir propaganda a la entrada del metro. El caso es que me volví hacia la pensión y subí corriendo los tres pisos de escaleras inundados de olor a jamones y chorizos —había en el bajo una mantequería— para darle la noticia a mi amigo Ramonazo, que por encontrarse en el paro y por ahorrar energías se quedaba tardes enteras tendido en la cama, en total oscuridad, tan inmóvil que la patrona lo tomó por muerto una vez que entró en la habitación creyendo que no estábamos ninguno de los dos y sin duda dispuesta a confiscarnos algo en garantía de pago por los meses que debíamos. Lo encontré dormido, o más bien abo-

targado en una somnolencia no exenta de semejanzas fisiológicas con el sueño invernal de los osos, lo sacudí hasta que se despertó, le puse la primera página del *Informaciones* delante de la cara, que sin afeitarse parecía aún más de pueblo, más redonda y más ruda, con un aspecto de fortaleza y salud no malogrado por las privaciones. Sobre la mesa de noche había un ejemplar de la revista *Diez Minutos* y otro de los *Poemas escogidos* de Mao Zedong, que entonces se llamaba Mao Tse-Tung y gozaba de amplio prestigio, no sólo en calidad de líder político, sino también de poeta y filósofo. Como, aparte de prochino, era un poco enterado, Ramonazo al principio le quitó importancia a la cosa, hasta la puso en duda, mirándola con la incredulidad que le inspiraban todos los periódicos burgueses, incluido aquél, que era el único no absoluta y abyectamente fascista y que por la calle identificaba a quien lo llevara tan sin incertidumbre como una bandera, como una barba y un ejemplar de *Triunfo*: para Ramón Tovar, Ramonazo o Tovarich, converso reciente al maoísmo, toda la prensa burguesa era igual de embustera y mixtificadora, palabra esta última que acababa de aprender de la joven prochina con la que estaba saliendo, de modo que se encogió de hombros, me dijo que todo aquello era una trampa de la derecha, aliada natural de los socialfascistas, y que tenía mucho sueño, volvió a tumbarse y a cubrirse hasta la nariz con el embozo de la cama y se quedó mirando la pared sin pestañear, sin duda por ahorrarse la dosis mínima de

energía requerida por el movimiento de los párpados. Mal podía imaginarse él que unas semanas más tarde iba a encontrarse envuelto conmigo en una conspiración como la portuguesa, ni que una imprudencia suya habría de contribuir a que se malograra, retrasando en varios años la llegada de la democracia a España, e impidiéndonos a todos que disfrutáramos de la grandiosa fiesta de libertad a la que se arrojaron los portugueses. Nosotros no incendiábamos los cuarteles de la Brigada Político Social ni derribamos estatuas del dictador ni nos lanzamos en un delirio de alegría a chapotear en las fuentes públicas. A nosotros todo nos llegó más despacio, con más tiento, en un gota a gota exasperante, con incertidumbres y regresos, con la misma lentitud de quelonio prehistórico con la que acabó muriéndose el general Franco, con terrores y persecuciones y crímenes que no acababan nunca, sin que cambiasen casi las caras y las voces de los que mandaban, sin que jamás tuviéramos la alegría de empezar de nuevo, de borrarlo todo y vivir una nueva era: la alegría o el espejismo, me da igual. Tampoco para los portugueses cambió el mundo tanto como ellos creían, y como creíamos fervorosamente nosotros con ellos, a través de ellos, pero al menos tuvieron esas pocas noches de entusiasmo, de jugra suprema y de liberación, aquel sueño edificado con los materiales exactos de la realidad.

No quiero decir, claro, que Ramonazo fuese el responsable del fracaso en España de una revolución

como la de Portugal. Y aun en el caso de que lo hubiera sido, la culpa en realidad no sería suya, sino mía, ya que fui yo quien le confié, en contra de lo que había jurado, no sólo la existencia de la conspiración, sino también algunos de los nombres de personajes públicos vinculados a ella y hasta la fecha aproximada en que se producirían los movimientos militares. Ya entonces, a los dieciocho años, padecía yo una debilidad de carácter que me ha perjudicado siempre mucho, más en mi respeto hacia mí mismo que en mi trato con los demás, y que consistía, y consiste, en que no soy capaz de guardar un secreto, aunque me jacto de ser hombre reservado y poco amigo de confidencias personales. Es falso. Casi todos los secretos que me han confiado a lo largo de mi vida han sido perfectamente triviales, pero lo cierto es que no he sabido o no he podido respetar ninguno, y que en cada caso he jurado con absoluta convicción que nunca repetiría las confidencias que estaba escuchando. Si fuese cura traicionaría sistemáticamente el secreto de confesión. Nunca he sido capaz ni de callarme ante mis hijos cuando me preguntaban qué regalo les había comprado para sus cumpleaños, o para Reyes. Siempre me decía, y en eso mi mujer estaba de acuerdo, que era preferible que los chicos no supieran nada hasta el mismo momento, porque así conservaban intacta la ilusión, pero era inútil, era como un impulso de vanidad invencible, como un deseo irrefrenable de que me agradecieran cuanto antes los sacrificios que hacíamos por ellos, un defecto como la

incontinencia de vejiga, a la que también soy proclive, dicho sea de paso.

Una sola vez en mi vida he poseído un secreto que de verdad era valioso, que podía, como suele decirse, cambiar el curso de la Historia de España, y fue saberlo y jurar que lo guardaría y ya me quemaba como un hierro candente, y no me dejaba dormir. Tardé tres días en contárselo a alguien, y si resistí tanto no fue porque durara meritoriamente tres días mi lucha interior, sino porque Ramonazo se había ido de gira por la provincia con la pista de coches de choque en la que trabajaba entonces, y aparte de él no había nadie en Madrid con quien yo tuviera confianza. Nadie, claro, salvo Ataúlfo Ramiro, que era por entonces mi amigo, mi protector y mi patrón, y que tenía algo en torno suyo como la sombra de un padre y de un maestro generoso y arbitrario, pero que era, también, quien me había confiado el secreto y exigido rigurosamente, que lo mantuviera.

Es cierto que mi relevancia entre los conspiradores era mínima, y que no llegué a tratar a casi ninguno de ellos, y también es evidente que dicha conspiración fracasó, pero nada de eso elimina la verdad de mis correrías por Madrid transportando mensajes ni del peligro de ser apresado que corrí en algún momento. Tampoco las dudas que yo mismo he albergado a lo largo de los últimos diecinueve años sobre aquella aventura suavizan el recuerdo del terror que pasé entonces ni desdibujan mi exaltación, mi entusiasmo, la admiración que sentía hacia el hombre que

me había concedido el honor de unirme a los conspiradores, siendo yo poco más que un adolescente hambriento, solitario y algo lunático, y que no sólo me inició en los misterios de la clandestinidad, sino también en los lujosos placeres del whisky, la langosta y los taxis nocturnos.

Aquel hombre —innecesario es decir que en realidad no se llamaba Ataúlfo Ramiro, pero no me parece que sea prudente revelar su identidad, o que yo tenga derecho a hacerlo—, murió hace siete u ocho años, recién cumplidos los sesenta, en la flor de la vida. Yo siempre diciéndole a mi mujer, «tengo que llevarte a Madrid, a que conozcas a Ataúlfo», y se van dejando las cosas de un año para otro, se va cargando uno de tareas y de hijos y de pronto se entera de que la visita que postergó tantas veces ya ha sido definitivamente cancelada. Ataúlfo murió de un derrame cerebral, una mañana de febrero, por la calle de Alfonso XII, que le gustaba tanto, frente a las verjas del Retiro, pero según la vida que llevaba podía haber muerto también de cáncer de pulmón, de coma hepático y de infarto de miocardio. Yo no había vuelto a verlo desde que salí más o menos huyendo de Madrid a mediados de mayo del 74. Supe, por amigos comunes, que se había divorciado y que se volvió a casar con una mujer mucho más joven, y que el nuevo matrimonio le hizo feliz, le ganó la animadversión incondicional de sus hijos y le coincidió con un florecimiento profesional que le hizo rico en poco tiempo.

La noticia me sorprendió, entre otras cosas porque yo siempre le creí multimillonario, a pesar de que viviera y tuviera el despacho en un piso pequeño y oscuro de la calle Quintiliano. A los dieciocho años y en el estado de amarga necesidad en que yo me encontraba, cualquiera que tuviese una vida decente me parecía un potentado: incluso a los compañeros de pensión que disfrutaban de un cuarto individual ya les atribuía desmedidos privilegios sociales. Ataúlfo Ramiro fue la primera persona que yo conocí que acudiera en taxi a todas partes, que bebiera whisky y vino de marca y comiera langosta y caviar. En compañía de Ataúlfo, y costeadado por él, entré por primera vez en un club nocturno, o bar de alterne, y vi cómo aquellas mujeres blancas, carnosas y medio desnudas cuya sola proximidad me debilitaba las piernas lo saludaban por su nombre, se le sentaban en las rodillas y compartían con él sus copas de champán. Los anchos billetes verdes de entonces, de un verde tan fuerte y un papel tan recio que crujía, brotaban de sus bolsillos, de todos sus bolsillos, los de su pantalón y los de su americana, como si se multiplicaran alegremente en ellos, y yo le veía gastar y agradecer su generosidad conmigo y pensaba que con una parte mínima de aquel capital que Ataúlfo derrochaba yo podría pagarme un curso entero.

Pero en ningún momento sentí rencor, o envidia de clase, que era lo que sentía hacia Ataúlfo mi amigo Tovarich, que había llegado desde mi pueblo a Madrid un par de meses después que yo, pero no

para estudiar, ya que había dejado la escuela a los doce años y llevaba seis trabajando de mecánico, sino para buscarse la vida en el primer oficio que se le presentara, pues pensaba que en cualquiera de ellos viviría menos explotado que en el taller de coches de donde llegaba, todavía con una oscuridad de grasa en las anchas palmas de las manos y en las uñas, con un tizne de mecánico o de carbonero en la negrura cerrada de la barba.

A Ramonazo yo lo conocía de los futbolines de Acción Católica. Era algo chaparro, cuadrado, muy fornido, con una papada precoz, un cogote carnoso, una panza rotunda y unas manos chatas y recias que siempre tenían como un residuo de grasa de taller en las uñas. Nos unió enseguida una confusa vocación izquierdista y un deseo contumaz de ver mundo. Los domingos por la tarde nos paseábamos por la calle Nueva con las manos en los bolsillos, comiendo pipas y planeando detalle por detalle la revolución, sin omitir colectivizaciones forzosas, juicios sumarísimos ni fusilamientos ejemplares. Ramonazo (le halagaba que le dijeran Tovarich hasta que ya en Madrid se volvió prochino) era partidario de los tribunales populares y de las quemas de aquellas iglesias que no tuvieran utilidad como almacenes o garajes: más templado, o influido por algún sacerdote de izquierdas, o por las vaguedades sobre cristianismo y marxismo que circulaban en las publicaciones del PC, yo le sugería que algunos creyentes podían unirse a la causa de la revolución, y eso le hacía montar inmediata-

mente en cólera, y alimentaba sus sospechas de que yo, en realidad, era un miserable reformista.

El día antes de que yo me fuera a Madrid lo celebramos juntos bebiendo una botella entera de Valdepeñas con tapas de tocino frito y aceitunas machacadas en una taberna que se llamaba De Aquí No Paso, cuyos clientes, de un modo u otro, acababan siempre haciendo honor a tal nombre. Al calor de la ebriedad Ramonazo me hizo prometerle que le ayudaría a establecerse en Madrid cuando por fin se decidiera a huir de casa de sus padres, y me juró a su vez que en el momento en que le sonriera la fortuna compartiría su éxito conmigo: pensaba, no sin razón, que mis posibilidades de prosperar como estudiante en Madrid eran limitadas, y que su experiencia de la vida, mucho más amplia y auténtica que la mía, pues no en vano llevaba seis años ganándose el jornal, nos sería muy útil a los dos cuando al fin pudiéramos reunirnos. Aseguraba que los estudiantes no servíamos para nada, ni para hacer la revolución, según se había visto unos años antes en las universidades de Francia y de los Estados Unidos, y que la falta de esfuerzo físico amariconaba la voluntad igual que reblandecía las manos. Por eso él era partidario de que a los estudiantes nos cortaran obligatoriamente el pelo al rape y nos mandaran de vez en cuando a trabajar en el campo o en las fábricas, como en la China de Mao, país que Ramonazo admiraba mucho aun antes de echarse aquella novia que resultó ser del FRAP, y que en las mañanas de mayo del 74 lo llevaba de la mano

a la plaza de Neptuno para ver ondear la bandera roja sobre los tejados del hotel Palace, pues era allí donde al principio tuvo sus dependencias la embajada de China, que acababa de establecer relaciones diplomáticas con la España franquista.

La noche de la despedida, en el De Aquí No Paso, apurando más por obstinación que por ganas el último vaso de Valdepeñas, la última tapa de tocino enfriado, Ramonazo también mostraba dudas sobre mi lealtad posterior hacia él: «Seguro que cuando te juntes con todos esos señoritos universitarios de Madrid ya ni te acuerdas de tu amigo.»

Me olvidé de él, desde luego. Me olvidaba de todo. La desnutrición acabó debilitándome la memoria no menos que las piernas, y la llegada y las primeras semanas en Madrid fueron como una inundación de imágenes y de sensaciones tan violentas que no dejaban en mi conciencia el menor rastro de la vida anterior. Recibí un par de cartas tuyas a las que contesté distraídamente y con retraso, cartas que él escribía, por cierto, en hojas apaisadas y rayadas, como las que usaban entonces los soldados para escribir a las familias, y con una caligrafía más bien propia de la generación de nuestros padres. Le aseguré, falsamente, que había emprendido algunas gestiones para buscarle trabajo en un taller mecánico, o en una gasolinera, y le conté algunos embustes sobre mi participación en las luchas universitarias, luchas que a vuelta de correo él se apresuró a desdeñar, esgrimiendo de paso la ya habitual y amenazadora ape-

lación a las comunas arroceras chinas y a la zafra cubana. Me decía que estaba a punto de abandonar el taller donde trabajaba y la tiranía avarienta del dueño, a quien llamaba el Negro o el Calvo: veladamente, como si alguien pudiera interceptar la carta, me sugería que estaba ideando una estratagema para retirar su dinero de la Caja de Ahorros sin que su padre se enterara. Tan lejos estaba yo de él y de todo lo que tuviera que ver con mi vida pasada y con la tristeza y la rutina lenta de mi pueblo que cuando unos meses más tarde lo vi en el vestíbulo de la pensión me costó unos segundos reconocerlo. Hablaba como si no estuviéramos en Madrid, como si hubiera llegado a buscarme a casa de mis padres y al cabo de un rato fuéramos a salir con nuestros trajes de domingo a pasearnos comiendo pipas por la calle Nueva. Inventé cualquier pretexto para librarme de él: justo cuando llegó yo salía llevando en la mano mi máquina portátil, porque tenía que ir a trabajar de mecanógrafo a casa de Ataúlfo Ramiro.

A lo que iba, sobre todo, era a cenar, y a beber whisky, a fumar tabaco americano, a escuchar las infinitas historias de Ataúlfo. Algunos días llegaba prácticamente en ayunas a su casa, de modo que los langostinos o las angulas o el caviar a los que él me invitaba más tarde eran mi único alimento: vivía entre el hambre cruda y los canapés de salmón, entre la leche condensada y el *dry martini*, entre los bancos fríos de la plaza de España donde me sentaba todas las mañanas a leer los anuncios por palabras del *Ya* y los ta-

buretes de José Luis y de Chicote. Veía Madrid tras un cristal de lejanía y extrañeza enturbiado por las alucinaciones del hambre o por las borracheras instantáneas de whisky de malta bebido con el estómago vacío: pero la turbiedad entonces era dulce y dorada, translúcida, deliciosa, tan comfortable como el viaje en taxi camino de la pensión y de la vida real, a las dos o a las tres de la madrugada, por las avenidas resplandecientes y vacías, imaginando carros de combate que avanzaban por la calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol, banderas republicanas y rojas sobre el edificio de Correos, en los balcones siniestros de la Dirección General de Seguridad. Entonces aún quedaban serenos en Madrid, y a mí, cuando llegaba bebido, no me daba vergüenza dar una palmada resonante en el silencio y en la quietud de la calle, y como se me contagiaba enseguida la prodigalidad de Ataúlfo le entregaba al sereno una propina espléndida, y sólo a la mañana siguiente caía en la cuenta de que no me quedaba ni una sola moneda.

Aquéllos fueron tiempos.